

LEOPOLDO MARÍA PANERO: LOS LÍMITES DE LA PALABRA POÉTICA

Clara I. MARTÍNEZ CANTÓN, Sergio SANTIAGO ROMERO
y Javier DOMINGO MARTÍN (eds.)

(Valencia: Tirant Humanidades, 2019, 384 págs.)

La figura de Leopoldo María Panero recoge al autor maldito, al creador heterodoxo, al personaje anticonvencional, al enfermo, al poeta más o menos afín a nóminas, a un eslabón de una saga familiar... Tantas y tan interesantes dimensiones requieren análisis concretos, abiertos a la transversalidad, pero también necesariamente delimitados. Con esta intención, el presente volumen, *Leopoldo María Panero: los límites de la palabra poética*, se divide en quince estudios más un prólogo y un epílogo que ahondan en todas las perspectivas que ofrece el poeta. Una personalidad a la que, como recuerda Huerta Calvo en el prólogo, su padre vaticinó “un niño será toda la vida”.

La primera parte (“El poeta, entre lo novísimo y lo maldito”), se concentra en la personalidad poética del escritor. Túa Blesa (“Leopoldo María Panero, poeta no español”) advierte de la “no españolidad” del poeta, en el sentido de su acervo cultural absolutamente cosmopolita, evidenciado tanto por citas empleadas como por títulos, referencias e influencias (desde un Proust “no leído” o un Trakl hasta de Quincey). El análisis de dicho cosmopolitismo se enriquece al estudiar la apreciación de Leopoldo María de autores españoles como Góngora, Alonso o su propio padre.

Por su parte, Suárez Martínez (“Tradición y modernidad en la poesía novísima de Leopoldo María Panero”) se acerca al poeta en relación con su vinculación al grupo de novísimos. Asistimos en este apartado a un estudio de las afinidades y diferencias estéticas y técnicas de Leopoldo María con el grupo, así como de las consecuencias críticas y vitales que tal vinculación implicaron, y todo ello a través de profundos análisis de los discursos poéticos.

Fernández Martínez (“Atad a un cadáver con hermosas correas’: un acercamiento al sadismo corporal en la poesía reciente de Leopoldo María Panero”) aborda la presencia de lo sádico en el poeta, el cual accede a una tradición literaria surgida de de Sade pero que abona el terreno de lo subversivo (literario, vital, social, lingüístico, académico...). Como señala el investigador, la violencia generada por esa tradición “no es fascinante solo porque se convierte en lenguaje, sino porque es, en sí misma, lenguaje”.

Justamente esta violencia lingüística se halla en las antípodas de la planteada por Carroll, tan superficial y efectista, pero se ajusta perfectamente a la de Leopoldo María, tal y como defiende Pimenta Soto en su capítulo correspondiente (“La escritura y la marranada. Palabra explotada y cuerpo horadado en el lenguaje escindido del loco”). En este, asistimos a la transformación de la palabra en cuerpo, cuerpo que se relaciona con otros cuerpos afectándolos, confundiéndolos e, incluso, agrediéndolos.

Domingo Manrique (“Sobre poetas malditos: tres ejemplos actuales de ‘poesía drogada’”) introduce una reflexión acerca de los efectos psicotrópicos en el quehacer literario para relacionar la obra de Panero con la de Miguel Ángel Verdasco, Antonio Vega y Fernando Merlo, figuras que también se apostaron al abismo en plena época de inquietud social (la Transición), vanguardismo y drogas.

Sergio Santiago Romero (“‘Trapecios una y otra vez’: la metáfora escénica en la poesía de Leopoldo María Panero”) pone el foco de atención sobre la presencia de lo teatral en la obra del poeta. Para ello, propone previamente una clarificación de las nociones de metáfora y de lo escénico, claves para entender a un autor empeñado en ahondar en los sentidos verbales y que se podía considerar a sí mismo como un actor impostor.

Ya en la segunda parte (“El hombre en familia”), Huerta Calvo (“Leopoldo María Panero: nueva carta al padre”) apuesta por la “verdad poética” para alejar todo lo sórdido, morboso y anecdótico que pueda deparar la realidad de los Panero. La vía propuesta se torna necesaria para poder bucear en los discursos de padre e hijo, cuya relación pudo continuar a través de la poesía que convirtió al segundo en lector, glosador y conjurador del primero.

El padre, así como el malditismo, también son tratados por Rivero Machina (“Leopoldo Panero (padre) y los itinerarios del malditismo”). El investigador alerta, en primer lugar, sobre la vaguedad que persigue

al término *malditismo*, en gran parte por la insuficiente visión de Darío heredada de Verlaine. El posible malditismo (no la *rareza*) de Leopoldo Panero es examinado con todo el rigor que la categoría precisa, así como sus consecuencias en la estirpe.

Marc Lagnier (“Cine y literatura. *El desencanto*, hacia una poética del cine”) expone pormenorizadamente la realización de la joya de Chávarri, *El desencanto*, relatando tanto las circunstancias en que se engendró como elementos de la intrahistoria (el insistente empuje de Michi Panero, por ejemplo), y brindando un profundo análisis (técnico y semiótico) de semejante exorcismo filmado.

Quesada Sánchez (“Leopoldo María Panero y sus apariciones cinematográficas: Leopoldo María y sus circunstancias”) tampoco se aleja de la relación entre el apellido Panero y el cine, aunque centrándose en Leopoldo María (cuya presencia filmica no se limitó a *El desencanto* y su secuela). El segundo hijo de Leopoldo y Felicidad generó, al igual que sus familiares, un personaje que no sólo lució en la gran pantalla sino en otros medios, sorteando los peligros de trivialización y fama extraliteraria.

La tercera parte de este volumen (“Otros textos y contextos”) se abre con el estudio de Martínez Cantón y Gato Losinno (“‘Presentimiento de la locura’ o la exploración de lo fantástico en un relato de Leopoldo María Panero”), que analiza en detalle uno de los relatos incluidos en *En lugar del hijo*. Se reclama así una de las múltiples facetas de un creador poliédrico: la narrativa. La carga fantástica del relato se vincula a las influencias recibidas por Panero, pero también a elementos propios que nacen de la violencia, la locura y la cuestión del yo, tal y como las autoras muestran.

Braga Riera (“La creatividad traductora de Leopoldo María Panero: los textos poéticos”) también demuestra sensibilidad con otras dimensiones de Leopoldo María, en este caso con la labor de traductor literario. Aunque el propio poeta calificó esta faceta de “per-versión”, sus producciones al respecto no resultan en absoluto desdeñables, y el investigador, con toda justicia, reclama la forma particular, controvertida y enriquecedora que Panero demostró en esta disciplina.

Lanseros Sánchez (“El contexto generacional de Leopoldo María Panero: seis poetas no novísimos”) aborda el marco temporal de Panero desde una óptica tan heterodoxa como el propio poeta. Tratándose de un creador marcado por su anticonvencionalismo, ¿qué acercamiento más

honroso se le puede brindar sino su comparación con nombres que no hallaron sitio entre los novísimos? A saber: Antonio Colinas, Eloy Sánchez Rosillo, Joan Margarit, Antonio Hernández, Clara Janés y Juana Castro.

El coqueteo de Leopoldo María con las drogas se arraiga en una tradición que detalla Blas Macías Aguado (“Sobre el concepto de paraísos artificiales y su utilización en la literatura modernista española: el caso de Rubén Darío”), centrándose en la figura de Rubén Darío. Éste, como recuerda el autor, cumplió debidamente con las tres variantes de los paraísos artificiales: la búsqueda del Ideal, el rechazo de una realidad insatisfactoria y la recusación de la sociedad burguesa y sus valores.

Javier Domingo Martín (“Leopoldo María Panero y la perversión intermedial: Análisis de las relaciones palabra-imagen en el *Tarot del inconsciente anónimo*”) se concentra en el aspecto intermedial de la obra de Panero, o, como apunta el investigador, en “la écfrasis no como descripción visual de un referente pictórico sino como deconstrucción verbal”. Las alusiones del poeta a disciplinas diferentes a la literatura (música, pintura o cine) son constantes, alcanzando la perspectiva intermedial su culmen en el *Tarot del inconsciente anónimo*.

El volumen concluye con un epílogo de Benito Fernández (“Leopoldo María Panero: quien escribe el dolor”) que constituye una glosa no sólo literaria sino también vital de un poeta para el que resulta imposible, justamente, establecer límites entre poesía y vida.

En definitiva, el presente libro se configura como una referencia esencial en los estudios sobre Leopoldo María Panero, figura tan poliédrica como necesitada de investigaciones tan rigurosas como estas.

Juan Gómez Espinosa